



CATE TIERNAN

Luzy
inmortal

La tercera parte de

Amor inmortal

www.literaturasm.com

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Diseño de cubierta: Jordi Salvany

Publicado originalmente por Little, Brown and Company
Título original: *Eternally Yours*
Publicado por acuerdo con Rights People, Londres

© del texto: Gabrielle Charbonnet, 2012
© de esta edición en castellano:
Ediciones SM, 2012
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

*Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

*Con amor a mis lectores:
vosotros hacéis que siga escribiendo.*

capítulo uno



UPPSALA, SUECIA, 1619

—¡VALI! ¡Vali! ¿Dónde se mete esa muchacha?

5

Subí deprisa por la escalera del almacén.

—¡Aquí! —dije casi sin aliento mientras dejaba la pesada caja de hilo de oro sobre el mostrador.

La escalera que bajaba al sótano de la tienda era bastante endeble; había tenido que sostener la caja con una mano mientras hacía equilibrios con la otra para no caer rodando. Con el tiempo me volvería ágil como una cabra montesa, pero en ese momento solo llevaba un mes trabajando allí, y aquellas escaleras eran empinadas y estrechas incluso para los estándares escandinavos. Añádanse a la mezcla varias capas de faldas y enaguas, y se obtendrán los ingredientes necesarios para un desastre.

Mi jefe, Nils Svenson, sonrió amablemente a su cliente.

—Vali es nueva en la tienda; aún se está familiarizando con la mercancía —hice una pequeña reverencia, con la mirada baja—. Pero lo está haciendo muy bien, ¿verdad, querida?

El señor Svenson volvió a centrarse en el comprador, que se debatía presa de una terrible duda: ¿estarían pasadas de moda las gorgueras voluminosas?

Saqué un plumero del bolsillo de mi delantal y empecé a limpiar los rollos de tela que se apilaban contra las paredes. Mi jefe era uno de los sastres más solicitados de Uppsala, famoso por disponer de los mejores materiales: paños de lana suaves y teñidos de colores intensos como gemas; linos crudos o de color, cuyo grosor variaba desde gasas delicadas como alas de mariposa hasta recias telas para calzones y corpiños; sedas del lejano Oriente, teñidas de tonos brillantes que me recordaban a aves exóticas y que parecían fuera de lugar en el noviembre de nuestro país...

6

La campanilla de plata que había sobre la puerta de la tienda tintineó. Alcé la mirada y vi a una mujer muy elegante. Solo la pluma de avestruz que llevaba prendida en el sombrero equivalía a mi sueldo de seis meses.

—Hola, querida —dijo el hombre mientras se volvía y agarraba con ligereza la mano de la recién llegada para besársela—. Disculpa que me haya entretenido.

—Ah, pierde cuidado —contestó ella con gracia—. Acaba lo que estés haciendo.

Cruzó la tienda sin hacer ruido, como si sus finos zapatos de cabritilla no tocaran el suelo, y se quedó a mi lado mientras yo pasaba el plumero. Me esforcé por no quedarme pasmada mirando su capa de color pizarra bordada con flores negras.

—Qué tela más exquisita —murmuró mientras acariciaba un moaré de color melocotón con hilos de plata entretejidos. Se volvió hacia su marido—. ¡Querido! Deberías hacerte un cint...

No sé por qué me miró justo entonces, pero eso hizo. Sus ojos de un azul pálido pasaron sobre mí como sin verme, pero de pronto su mirada se afiló y se concentró sobre mi cara como atraída por un imán. Me observó con los ojos muy abiertos, estrujando la seda como si fuera su único asidero para no caerse.

—¿Decías, querida? —dijo su marido.

Ella soltó la tela y esbozó una sonrisa vacilante.

—Un momento.

Se dio la vuelta y, dando la espalda a los dos hombres, volvió a concentrar su mirada en mí.

—Tú... —dijo en un susurro que solo yo pude oír.

—¿Sí, señora? —pregunté, preocupada.

Y en ese momento... Ni siquiera ahora sé cómo describir qué hace que nos reconozcamos, pero el caso es que mi mirada se encontró con la suya y entre nosotras cruzó una especie de chispazo. Contuve una exclamación. Nos habíamos identificado como lo que éramos: inmortales. No me había cruzado con nadie como yo desde hacía casi cincuenta años, tres países y ocho ciudades.

—¿Quién eres? —susurró.

—Me llamo Vali, señora.

—¿De dónde procedes?

La mentira que llevaba décadas soltando me vino sin pensar.

—De Noregr, señora —murmuré, con la esperanza de que hubiera inmortales en Noruega, a pesar de que no había visto ninguno mientras vivía allí.

—¿Querida? —llamó su esposo.

Con una última mirada, la mujer se apartó de mí y se reunió con su marido. No tardaron en salir a la tarde oscura y fría; solo eran las tres y media, pero el sol ya se había puesto.

Me quedé pasmada dando vueltas a lo que acababa de pasar, hasta que me di cuenta de que el señor Svenson me miraba y volví a la tarea.

Al día siguiente, mi patrón me llamó mientras yo terminaba de colocar un cargamento de cintas de seda en el escaparate. Me acerqué al mostrador y vi que envolvía algo en papel marrón y lo ataba con bramante.

8

—Necesito que le lleves esto a la señora Henstrom; ha pedido varias muestras de tejido —cogió su pluma, la mojó en tinta y escribió la dirección con letra pulcra—. Date prisa, Vali. Toma, cómprate un bollo en el camino de vuelta —añadió mientras me ofrecía unas monedas de cobre.

—Gracias, señor —respondí.

Era un buen hombre, y en el tiempo que llevaba trabajando para él no me había dado ningún motivo de queja.

Me ajusté la bufanda que siempre llevaba puesta, me envolví en mi capa de áspero paño verde y salí con paso vivo. La tal señora Henstrom vivía a una media hora de la sastrería. Sorteé la porquería, los caballos y las personas que abarrotaban los tenderetes de la calle principal, alegrándome una vez más de haber abandonado el campo. Uppsala era la ciudad más grande en la que había vivido después de Reykjavik. En el campo, la noche caía tan repentinamente como si soplaran una vela, silenciosa y lúgubre. Aquí, sin embargo, incluso a medianoche se oía de cuando en cuando el repiqueteo de unos cascos sobre

los adoquines, el llanto de un niño o el canto desafinado y estridente de algún borrachín. Y encima, en aquella ciudad vivía al menos otra inmortal.

Las calles giraban y se bifurcaban, y más de una vez tuve que volver sobre mis pasos para tomar un camino diferente. Andaba tan rápido como podía para mantener el calor, pero la neblina húmeda y fría se colaba por los resquicios de mi capa y mis botines. Para cuando di con la casa de la señora Henstrom, estaba tan helada que me castañeteaban los dientes.

Era una lujosa mansión de cuatro plantas, con una fachada de ladrillos de colores que se combinaban en un diseño intrincado y con la puerta flanqueada por dos columnas. Para alcanzar la puerta de entrada había que subir una escalinata. Di varios golpes con el pesado llamador de bronce que imitaba una cabeza de león, y una mujerona con un delantal immaculado abrió la puerta casi al momento. Aunque tenía las manos enrojecidas y ásperas como una sirvienta, se daba cierto aire de importancia, por lo que supuse que sería el ama de llaves.

—Me envía el sastre Svenson —dije—. Traigo unas muestras de tejido para la señora.

Le tendí el paquete, pero ella se limitó a abrir más la puerta.

—Te está esperando en la sala.

—¿A mí? Si solo soy la dependienta...

—Pasa —insistió, señalando una puerta alta lacada en color perla que se abría al otro lado del vestíbulo.

Al entrar, vi a una mujer sentada frente a una chimenea de mármol labrado. La pared de alrededor estaba forrada de azulejos pintados con escenas marítimas, y sentí deseos de arrodillarme y contemplar cada uno de ellos mientras disfrutaba del

delicioso calor del fuego. En vez de hacerlo, me quedé plantada en el umbral hasta que la mujer se movió y pude verle la cara. Era la otra inmortal.

—Ah, las muestras del señor Svenson —exclamó la dama con su voz suave y refinada—. Chiquilla, necesito que esperes aquí mientras les echo un vistazo; de este modo, luego podrás decirle a tu patrón lo que he elegido.

—Sí, señora —contesté, perpleja.

—Puedes retirarte, Singe —indicó la señora.

El ama de llaves salió a regañadientes, a todas luces muerta de curiosidad e indignada porque una dependienta se quedara en aquella sala tan elegante. Cuando la puerta se cerró a su espalda, la señora Henstrom me indicó con una seña que me acercara más.

—Perdona el engaño, pero no podía llamarte sin una buena excusa —dijo en voz baja, y yo asentí—. Me dijiste que eras de Noregr, ¿verdad?

Volví a asentir.

—¿Y vos, señora? ¿De dónde sois? —pregunté sin rodeos.

—De Francia.

Por aquel entonces, yo sabía tan poco sobre los inmortales que me quedé atónita. ¿Habría inmortales en todos sitios del mundo?

La primera vez que me revelaron lo que era, yo tenía casi veinte años; antes de eso, ni siquiera lo imaginaba. Al fin y al cabo, había visto morir a toda mi familia ante mis ojos, por lo que me parecía evidente que yo también podía morir. Sin embargo, después de la muerte de mi primer esposo, entré como sir-

vienta en la casa de una familia adinerada de Reykjavik y allí me enteré de que mis señores eran inmortales. Ella se llamaba Helgar Thorsdottir, y fue la primera en hablarme de la gente como nosotros. En aquella época yo era muy joven, así que la idea de vivir para siempre no tenía mucho significado para mí.

Aquello había ocurrido unos cincuenta años antes. A medida que pasaba el tiempo, primero poco a poco y luego más deprisa, empecé a sentirlo como algo real: al mirarme década tras década en los cacharros de metal bruñido, en la superficie de los charcos e incluso en algún espejo de verdad, siempre veía a la misma persona. Mi piel no se arrugaba, y mi pelo, tan rubio que era casi blanco, no perdía su brillo. Siempre era igual.

—¿Cuántos años tienes, querida? —preguntó la señora Hens-trom sin pedirme que me sentara ni ofrecerme algo de comer; al fin y al cabo, yo no era más que una sirvienta.

11

—Sesenta y ocho —contesté con voz débil. En realidad, aparentaba dieciséis.

—Yo tengo doscientos veintinueve —dijo, y se echó a reír al ver mis ojos desorbitados—. Estoy segura de que habrás conocido gente más vieja que yo...

Yo ignoraba la edad que tenían mis padres cuando murieron, y tampoco estaba segura de cuántos años tenían Helgar y su marido. Por algunas cosas que había dicho, mi antigua señora debía de rondar los ochenta en aquella época, así que en aquel momento debía de tener unos ciento treinta.

—Creo que no. No he conocido a muchas personas como nosotras.

—¡Pero querida, si estamos por todas partes! —volvió a reírse, y un perrito que yo no había visto salió de debajo de su silla

y saltó a su regazo. Ella acarició su pelo sedoso y sus enormes orejas—. En Francia, en Inglaterra, en España, en Italia... ¡Incluso aquí mismo, en Swerighe!

Esperé a que añadiera Islandia —allí había nacido yo—, pero no lo hizo. Yo no había estado en ninguno de esos otros países, pero aquel instante se me quedó grabado entre años y años de recuerdos incontables porque fue justo entonces cuando supe que algún día los visitaría. La idea me dejó sin respiración y abrió ante mis ojos un futuro que nunca había imaginado. Durante cincuenta años, la idea de ser algo más que una simple sirvienta o una madre de familia, la idea de vivir en otro lugar que no fueran aquellos países del norte, había sido un sueño tan carente de forma que jamás me había parecido alcanzable.

12

Y del mismo modo, las preguntas que nunca le había formulado a Helgar o a mí misma, todas las incertidumbres que llevaban años cociéndose en mi cerebro, emergieron con tanta violencia que apenas podía traducirlas a palabras con la suficiente rapidez.

—¿Conocéis muchos otros como... como nosotras?

—Sí, por supuesto —sonrió—. Conozco a bastantes y, desde luego, a todos los que viven en Uppsala. Por eso me sorprendió tanto cruzarme contigo.

—¿Vuestro marido?

—Me temo que él es mortal. Un hombre encantador... —una nube de tristeza ensombreció su cara de porcelana, y yo comprendí que, algún día, él moriría y ella no.

—¿Todos los que conocéis son como vos? —dije, abarcando con un aspaviento el papel adamascado de la pared, los muebles, la casa...

Ella ladeó la cabeza y me miró con atención.

—No. Los hay ricos y pobres, poderosos y miserables, nobles y plebeyos...

Yo misma provenía de una familia rica y poderosa. Nuestro castillo era el más grande y lujoso de aquella región de Islandia; estaba construido con enormes sillares de piedra y tenía cristales de verdad en las ventanas. En su interior había no menos de catorce estancias llenas de tapices, sirvientes, tutores, instrumentos musicales e incluso algunos libros. Al perder mi infancia, también había perdido todo aquello.

—No obstante —prosiguió la señora—, cuando se vive tanto, se tiene mucho tiempo. Puedes emplearlo en obtener educación, en conocer gente influyente, en iniciar un negocio y mantenerlo lo suficiente para que dé buenos frutos... El dinero crece con el tiempo, si lo administras sabiamente.

13

—Yo no tengo dinero —solté antes de darme cuenta de que era obvio.

La señora Henstrom asintió con amabilidad.

—¿Nunca has estado casada?

—Dos veces, pero tampoco tenían gran cosa.

No quería pensar en ellos, ni en el inculto y dulce Àsmunder con el que me casaron cuando tenía dieciséis años, ni en el hombre horrible con el que pensé que podría tener una vida mejor unos cuarenta años más tarde. De cualquier modo, ambos estaban muertos.

—Quizá te casaras con los hombres equivocados —repuso la dama sin rastro de sarcasmo, y abarcó la estancia con un gesto como yo había hecho antes—. Yo tengo dinero propio, pero

además procuro casarme con hombres ricos —explicó—. Así, cuando mueren, su dinero pasa a ser mío, ¿entiendes?

La miré boquiabierta.

—¿Queréis decir que yo... que debería tratar de casarme con un hombre rico?

—Lo que digo es que casarte con hombres pobres no ha mejorado tu posición —repuso mientras acariciaba al perrillo—. Tienes una carita preciosa; con otra ropa y un peinado a la moda, podrías atraer a cualquier hombre.

—Pero no tengo familia ni contactos... Soy huérfana. ¿Quién querría casarse conmigo? —protesté, obviando el hecho de que no tenía ninguna gana de volver a casarme.

14

—Querida mía, si yo te dijera que soy la quinta hija de un rico terrateniente inglés, ¿cómo podrías saber si es verdad o no? El mundo es muy grande y en él vive mucha gente; es imposible conocer a todo el mundo. Aunque hagan pesquisas sobre ti, estas pueden tardar muchos meses en dar fruto. La próxima vez que te pongas a fregar el suelo o a limpiar el polvo, invéntate una familia y una historia. Luego conviértete en esa persona y preséntate como tal ante la gente. Estoy segura de que ya has cambiado de nombre alguna vez... El truco está en convertirte en una persona nueva, en vez de seguir siendo la misma con otro nombre.

Sus palabras barrieron mi cerebro como un cometa, dejando espacio para nuevas ideas y conceptos. Me quedé absorta, imaginando todo lo que podía hacer con mi vida... Y de pronto volví a caer en mi limitada realidad. Palpé mi basta capa y mi falda manchada de barro: no sabía por dónde empezar. Estaba muerta de miedo.

—Yo no...

—Querida —me cortó la señora Henstrom levantando una mano con autoridad—, estamos en noviembre. Quédate con el señor Svenson mientras decides quién quieres ser. Te mandaré a buscar en marzo.

—Sí, señora —contesté, abrumada, asustada... y extasiada.

La señora Henstrom cumplió su promesa y me mandó recado en cuanto empezó marzo. Dejé al sastre Svenson, guardé el dinero que había ido acumulando como una hormiguita y me trasladé a la casa de campo de los Henstrom, que estaba a sus buenos quince kilómetros de la ciudad. Allí, la costurera personal de la señora, supervisada por esta, me confeccionó tres vestidos nuevos. Eran mucho más sofisticados que nada de lo que había tenido hasta entonces, pero no tanto como para suscitar demasiada curiosidad. Mi única petición fue que me cubrieran la nuca.

15

Mientras contemplaba en el espejo mi cabellera enroscada en complicadas trenzas y mi lujoso vestido azul, mi mirada se cruzó con la sonrisa de aprobación de la señora Henstrom, a la que ahora llamaba Eva.

—¿Puedo preguntar...? —empecé a decir con voz vacilante.

—¿Sí?

—¿Por qué has hecho esto por mí? Pasarán años hasta que pueda devolverte el favor.

La expresión de Eva se volvió pensativa.

—Hace más de cien años, yo era más o menos como tú. Tenía el doble de tu edad actual, pero no había avanzado mucho más. Era ignorante y carecía de sueños de futuro. Y entonces conocí

a alguien, una mujer que se compadeció de mí y quiso ayudarme. Era la persona más vieja que había conocido, más de seiscientos años por entonces —la señora Henstrom sonrió con algo parecido a la nostalgia—. El caso es que hizo por mí más o menos lo mismo que yo estoy haciendo por ti. Desde entonces, siempre he querido ayudar a alguien para devolver el favor. Así que esta es mi buena acción. Acéptala y disfrútala, querida.



16

Después de aquello me pasaron muchas cosas, unas buenas y otras no tanto. Pero veintiocho años más tarde, yo era Elena Natoli, una burguesa propietaria de una tienda de encajes en Nápoles. Podría haber sido mucho más rica y haber tenido un estilo de vida mucho más lujoso, pero no había sido capaz de pasar otra vez por el matrimonio.

Nunca volví a ver a la mujer que se hacía llamar Eva Henstrom allá por el siglo xvii. Me habría gustado encontrarla para darle las gracias, porque cambió el curso de mi vida de la misma manera en que una tormenta puede hacer que un río se salga de su cauce.

capítulo dos

WEST LOWING, MASSACHUSETTS, EE UU,
TIEMPO PRESENTE

LEVANTA la mano si alguna vez en tu vida:

17

Has tirado comida, helado o algún líquido delante (o encima) de alguien.

Has visto en tu ropa una mancha enorme con pinta de llevar ahí todo el día, tan escandalosa que la gente ha tenido que verla pero nadie te ha dicho nada (suma puntos extra si la mancha tiene relación con un acontecimiento femenino de carácter cíclico).

Te has dado cuenta después de una cena íntima de que tenías una miga enorme en el labio, y de que tu acompañante se ha pasado toda la comida lanzándote indirectas al respecto que tú no has pillado.

Has pronunciado mal una palabra sencilla delante de un montón de gente.

Podría seguir, pero creo que la cosa queda clara. A lo que me refiero es a que ese tipo de cosas le pasan a todo el mundo. ¿Verdad que aún se te suben los colores al acordarte de alguna escena así?

Bueno, pues madura de una vez. Ya está bien de lloriquear mientras te recreas en tus pequeñas miserias.

Cuando hayas salido huyendo de personas que solo tratan de ayudarte, para volver con un antiguo amigo del que todo el mundo, empezando por ti misma, sabe que no puede traerte nada bueno; cuando te hayas largado con él a pesar de que es obvio que se le ha ido la olla; cuando lo hayas visto caer en una crisis nerviosa que, a diferencia de la mayoría de las crisis nerviosas, no hace que se ponga a bailar desnudo en una fuente pública, sino que implica el uso de una magia oscura y aterradora con secuestros, descuartizamientos y asesinatos... Bueno, cuando hayas hecho todo eso y luego hayas tenido las santas narices de volver con esa gente que solo trata de ayudarte, llámame y hablemos. Pero hasta que te veas en algo así, no me vengas con chorraditas, ¿quieres?

18

—¿Nas? ¿Nastasya?

Parpadeé haciendo esfuerzos por enfocar la cara de Anne, una de mis profesoras. Sus ojos azules y redondeados me miraban expectantes mientras sujetaba una tarjeta delante de mi cara.

—Eeeh... —jugueteeé con la bufanda que rodeaba mi cuello.

¿Qué narices me había preguntado? Ah, sí.

—Caléndula —dije mirando la flor naranja que aparecía en la tarjeta.

Sí, tarjetas; teníamos que aprendernos de memoria cientos de tarjetas diseñadas para enseñarnos todo lo que había que saber sobre el mundo físico, metafísico y espiritual. Eso, para abrir boca.

A mi lado, Brynne descruzó sus largas piernas y volvió a cruzarlas. Estaba claro que se moría por meter baza; como casi

todas las personas que tenía a mi alrededor, Brynne sabía mucho más que yo. Sin embargo, se las apañó para mantener la boca cerrada.

—¿Propiedades?

Anne no era tan paciente como River, y las dos estábamos empezando a cansarnos de pasar tantas horas juntas intentando embutir sabiduría a toda prisa en mi cerebro. En realidad, hasta entonces me había ido razonablemente bien —al fin y al cabo, estaba por la labor de aprender—, pero aquella mañana no podía concentrarme.

Me empezaron a arder las mejillas mientras el silencio se extendía por el aula. Aunque no los veía, era muy consciente de la presencia de Reyn, sentado en silencio al lado de Brynne, y de Daisuke, que estudiaba por su cuenta en un rincón. Estaba a punto de quedar fatal. Rebusqué en mi mente cualquier cosa sobre las caléndulas, pero aquello era como perseguir luciérnagas. Luciérnagas con turbo. Y con una sobredosis de cafeína.

—Se usa mucho en... en Tailandia e India, con fines religiosos —dije tratando de salvar la cara.

Odiaba quedar como una estúpida, aunque para entonces ya habría debido parecerme tan natural como respirar. Y encima, Reyn estaba presente.

—¿Sí? —me apremió Anne.

Por mi mente pasó la imagen de una hilera de carricoches cargados de flores de olor almizclado, en un mercado callejero de Nepal. Seguro que seguía siendo así, pero mi recuerdo databa de finales del siglo XVIII, cuando atravesé Nepal para coger en Bombay un barco mercante que me llevaría a Inglaterra. (Por cierto, aprovechemos la ocasión para lanzar tres hurras

por el canal de Suez, cuya inauguración acortó ese viaje en cuatro o cinco meses. A la de una, a la de dos...).

—Nastasya —Anne suspiró y se apartó el pelo de la frente—, te sería muy útil conocer este tipo de cosas.

Un roce: Reyn se estaba removiendo en su asiento. Hice una mueca.

—Sí, lo sé y quiero aprenderlas. De verdad. Sé que lo necesito, es solo que... tengo la cabeza tan llena de cosas...

La reina de lo evidente, esa era yo. He tenido cuatrocientos cincuenta y nueve años para acumular cosas en la cabeza: identidades, aventuras, vidas al límite... En fin, el tinglado aquel de ser inmortal.

20

Brynnne volvió a rebullir, inquieta como un sabueso que hubiera avistado una presa.

—Vale —dije con brusquedad, enderezándome en la silla. En realidad, sabía perfectamente para qué servía la caléndula; lo había leído un millón de veces—. A ver, se usa principalmente como... como protección. Y para dar fuerza... no sé, para fortalecer el corazón, por ejemplo, o protegerse del mal. Ah...

Acababa de darme cuenta de la razón por la que era tan importante que aprendiera las propiedades de la caléndula: junto con un abrumador conjunto de otras cosas (el incienso, la vitadonia, la verbena, la ortiga, el hierro o el ónice, por mencionar solo unas pocas), servía para rechazar el mal. Hay quienes procuran prevenir los resfriados; yo procuro no atraer sobre mí males arcanos. Hay gente para todo.

Males arcanos... Suena a cuento de miedo, pero existen, vaya si existen. Y en mi último encontronazo con ellos —aquel festival del horror en Boston con mi antiguo amigo Incy—, había

sufrido en mis propias carnes mi incompetencia en todo lo relacionado con la magia. Si aquella noche hubiera sabido más, podría haber salvado a Katie y a Boz. No habría tenido que presenciar sus muertes de pesadilla. Habría podido salvarme antes, sin tener que esperar a que casi me estallara la cabeza.

Desde mi regreso a River's Edge había pasado ya un mes. Podría —tal vez debería— haber salido por patas hacia un rincón apartado del mundo, esconderme en una cueva y lamerme las heridas durante una eternidad o algo así. Pero las cosas se habían puesto tan feas que tuve que reconocer que necesitaba ayuda. La necesitaba tanto que no me importó quedar como un gusano para obtenerla.

Y sin embargo, todos mis compañeros habían reaccionado estupendamente. Nadie me echaba nada en cara, nadie hacía chistes a mi costa ni me miraba raro. Lógico: al fin y al cabo, eran mucho más guays que yo. Mucho más sabios, tanto en las cosas terrenales como en el asunto ese de la redención. Al portarse bien conmigo, estaban adelantando posiciones en su paseíllo kármico. Así que, en realidad, deberían haberme agradecido el que les pusiera en bandeja tantas oportunidades para brillar.

21

En cualquier caso, me había quedado bien claro que mi vieja dinámica de no aprender nada era más bien perjudicial. Así que hice un esfuerzo por pegarme todos los días a mi silla, como una mariposa enganchada con un alfiler, y soporté todo lo que se me venía encima: clases y más clases sobre encantamientos, usos de las estrellas en la magia, propiedades mágicas de las plantas, piedras, cristales, aceites, hierbas, tierra, cielo, agua... Al final, aquello se resumía en que todo estaba conectado y todo podía usarse para el bien o para el mal. Después de

varias semanas de lecciones, mi cabeza estaba abarrotada de datos, historias, tradiciones, esquemas, patrones, encantamientos y mensajes. Si hubiera vomitado, creo que de mi boca habría salido una maraña de palabras.

—¿Nas?

Parpadeé e intenté poner cara de concentración, pero Anne se recostó en su silla y dejó las tarjetas en la mesa.

—Vale, vamos a tomarnos un descanso —dijo.

Parecía cansada; ser mi profesora no debía de resultar fácil. En realidad, todo lo que tenía que ver conmigo distaba de ser divertido. Siempre había sido consciente de ello, y por lo general me importaba un bledo. Pero últimamente, mis tortuosos avances hacia la madurez hacían que me sintiera culpable y un poquito avergonzada, aunque me costaba poco sacudirme ese sentimiento.

—De acuerdo —contesté tratando de ocultar mi entusiasmo.

Miré por la ventana; el sol de principios de febrero brillaba con valentía, pero sin éxito. Calculé que serían las diez de la mañana; unas semanas antes, a aquella hora yo habría estado ordenando las estanterías de la tienda de MacIntyre. Aún habría estado allí... si no me hubieran despedido dos veces, claro.

—Espero que quede café en la cocina —Brynne estiró sus largos brazos y sacudió la cabeza haciendo rebotar sus ricitos castaños.

Era lo más parecido a una amiga que tenía allí, a pesar de que no podíamos ser más diferentes: ella era alta y de piel oscura, yo bajita y blanca como la leche; ella era americana, yo islandesa; ella tenía doscientos treinta años, yo cuatrocientos cincuenta y nueve; ella era alegre, amigable, segura de sí misma

y competente, y yo era... lo contrario. Ah, y ella tenía una familia grande y cariñosa.

—Voy a comprobar la lista de tareas —dije—. Me apetece hacer algo que no requiera pensar.

—Buena idea —aprobó Anne con una sonrisa amable.

Se acercó y me frotó la espalda; Anne era muy aficionada a todo eso del contacto físico. Yo llevaba varias semanas concienciándome para no dar un respingo cuando me tocaba, y casi había logrado que no se notara lo incómoda que me ponía aquello.

—A veces, hacer algo aburrido o repetitivo ayuda a asentar los conocimientos recién adquiridos —añadió.

Asentí y recogí mi anorak; si el camino a la sabiduría pasaba por hacer algo aburrido o repetitivo, yo debía de estarlo recorriendo por el carril de aceleración. Brynne, Reyn y yo salimos en fila dejando atrás a Daisuke, quien, en mi opinión, era el más avanzado de los alumnos. Parecía un tipo sosegado y pacífico, sin defectos evidentes. Sin embargo, nadie acababa en River's Edge porque sí. No sabía qué habría hecho Daisuke para pasarse varios años en rehabilitación inmortal, pero algo tenía que haber. Si algo había aprendido en los cuatro meses que llevaba allí, era eso.

23

Brynne me dedicó una sonrisa pícaro y aceleró para salir del edificio antes que Reyn y yo, en un intento evidente de darnos un poco de espacio.

Le eché una mirada a Reyn, pero su cara —esto te sorprenderá— permaneció impasible. Como de costumbre, estar cerca de él hacía que mi corazón dudara entre detenerse y desbocarse, con una sensación media como de repiqueteo de granizo contra un tejado de metal. Estaba a punto de decir algo que tenía muchas

probabilidades de ser una estupidez cuando oí un rumor en la hojarasca húmeda. Me di la vuelta y descubrí algo blanco y pequeño que se acercaba a toda velocidad: era Dúfa, la cachorrilla de Reyn. Debía de haberse quedado todo ese rato junto a la puerta para esperarle.

Reyn se arrodilló, y la sonrisa que iluminó su cara hizo que el corazón se me volviera del revés. Dúfa corría torpemente, con la determinación de los cachorrillos que solo tienen sitio para una idea en la cabeza, dando ladridos agudos por si no la habíamos visto. Al llegar junto a Reyn, se irguió sobre las patas traseras para lamerle la cara; debo decir que la entendí perfectamente.

24 —Basta, basta —dijo Reyn con suavidad, y levantó la mano—. Sitta.

Los diminutos cuartos traseros de Dúfa se pegaron de inmediato al suelo, y sus ojos extrañamente claros se concentraron en la cara de Reyn. Él mantuvo la mano en alto mientras se ponía en pie y desplegab su metro ochenta y cinco de peligro insoportablemente atractivo. La perra se quedó petrificada con los ojos fijos en su cara, aunque permitió que su cola larguirucha se meneara un poco.

—Vale —dijo él meneando la mano.

La perra se levantó de un salto y empezó a hacer cabriolas.

—¡Ya entiende la orden de sentarse! —dije, poniendo en evidencia mi don para las perogrulladas—. ¡En sueco!

Bien, ya había dicho algo; ahora solo tenía que pensar en una manera de poner en práctica mi plan (que consistía en llevarme a Reyn a algún sitio apartado, saltar sobre él y no pensar ni por un segundo si nuestra relación, o lo que fuera eso, tenía sentido).

—Es que es muy lista —respondió, alzándola en vilo y metiéndola dentro de su chaquetón de pana.

Inmediatamente, bajo la barbilla de Reyn asomaron dos orejas largas y sedosas y una carita blanca que lo observó con una expresión de adoración y orgullo.

Una alarma saltó dentro de mi cabeza.

—No como otras, ¿no? ¿Es eso lo que quieres decir?

El comentario me pareció ridículo en cuanto salió de mi boca. Venga ya, por Dios, ¿tan paranoica estaba que interpretaba un simple comentario sobre una cachorrita como una pulla?

—Exacto —respondió Reyn con frialdad, y mis cejas se dispararon hacia arriba.

—¿Qué?

Se detuvo en seco y se dio la vuelta para enfrentarse a mí.

—¡Casi no lo cuentas en Boston! —explotó—. Eres mil veces más poderosa que ese inútil, pero él te tuvo en sus manos. ¡Estuviste a esto de que te destrozara para arrebatarle tu poder como quien arranca una veta de oro de la roca! —hizo un gesto con los dedos por si necesitaba una representación visual de lo cerca que había estado.

—¡Ya lo sé! —protesté—. Estaba allí, ¿vale? ¡Lo recuerdo! ¡Fue fallo mío! ¿Y...?

Crucé los brazos y traté de no inmutarme cuando Dúfa le dio un lametón en el cuello.

—¿Cómo que «y...»? ¿Por qué no te estás matando a estudiar? ¿Por qué no te lo tomas en serio? Viste cómo morían dos de tus amigos; deberías estar aterrada, leyendo, estudiando y practicando con toda tu energía —entornó los ojos, extendió

el índice y me dio un golpe en el esternón que, a decir verdad, me dolió—. La próxima vez quizá no seas capaz de sacar tu magia. ¡Podrías acabar muerta, solo porque fuiste demasiado vaga para hincar los codos de una vez y aprender a protegerte!

¿Sería cretino? Entorné los ojos; me hubiera gustado darle golpecitos en el pecho como había hecho él, pero como no quería hacerle daño a Dúfa, tuve que contentarme con echarle una mirada iracunda y menear el dedo igual que una maestra de infantil. Entre eso y los veinticinco centímetros de altura que me sacaba, creo que no presentaba un aspecto tan fiero como me hubiera gustado.

26 —¡Tú...! —arranqué furiosa, y me di cuenta de que no sabía qué decir a continuación—. ¡Yo...!

De repente me di cuenta de que Reyn tenía razón.

—Yo... lo estoy intentando. En serio —dije con voz forzada.

—Y una mierda —replicó, en absoluto apaciguado—. Se supone que has vuelto aquí para empezar a tomarte las cosas más en serio, ¿no? Bueno, pues avísame cuando empieces.

Sin darme tiempo a buscar una respuesta mínimamente explosiva, me empujó a un lado y echó a andar a grandes zancadas hacia la casa. Yo me quedé allí plantada, sin saber cómo reaccionar.

Después de mi vuelta de Boston, Reyn y yo casi nos habíamos puesto de acuerdo sobre lo que sentíamos el uno por el otro. Bueno, vale, quizá no se tratara de un acuerdo sobre nuestros sentimientos, sino más bien de un pacto mutuo por el que tratábamos de aceptarnos mutuamente. Éramos una especie de enemigos con ciertos... privilegios. Aunque tal vez «enemigos»

fuera una palabra demasiado fuerte. Y ahora que lo pienso, «privilegios» también lo era.

Y sin embargo, acababa de ponerse furioso conmigo. No lo entendía; si tan mal le caía, ¿qué era lo que le gustaba de mí? ¿Por qué me esperaba en rincones oscuros para abrazarme, estrujarme y besarme una y otra vez con aquella boca tan...?

Nastasya, reprímete, por lo que más quieras, me dije con severidad, y eché a andar hacia la casa a paso de tortuga para darme algo de tiempo.

Cuando subí los escalones y abrí la puerta de la cocina, me recibió una vaharada de aroma a pan recién cocido. Reyn aún estaba allí.

Rachel me saludó con la cabeza mientras golpeaba un pegote de masa del tamaño de un melón. Llevaba una sudadera verde oscuro, y su pelo negro y enmarañado estaba recogido con una cinta. Sabía poco de ella: apenas que había nacido en México y que tenía alrededor de trescientos quince años, casi cien menos que yo. Cómo no, su aspecto era el de una estudiante de bachillerato.

—Hola —saludé, esforzándome por sonar normal—. ¡Eso huele a gloria!

Rachel asintió y se volvió hacia Reyn. Aunque no era muy risueña, su expresión se suavizó al mirar a aquel hombretón que arrojaba a una cachorrilla feúcha en los pliegues de su abrigo (aquello parecía una escena diseñada por un publicista para subir los niveles hormonales de las mujeres de alrededor). Fruncí el ceño una vez más y me encaminé al comedor, pero antes de que pudiera salir, la puerta se abrió y dio paso a Charles. Al ver a Reyn, sonrió y se acercó a él para rascar la barbilla de Dúfa.

—Qué bien me vienes —le dijo a Reyn—. ¿Puedes echarnos una mano? Necesitamos llevar el armario grande del vestíbulo al piso de arriba.

—Cómo no.

Reyn me echó una mirada de reojo y salió con Charles de la cocina. Cuando logré despegar mis ojos de su espalda, me di cuenta de que Rachel me miraba.

—Ajá... —mascullo, y se empujó las gafas sobre la nariz dejando un rastro de harina.

—Ajá, ¿qué?

Ella se limitó a cabecear con cara de guasa, y yo resoplé y me dirigí al comedor. Seríamos catorce comensales: cuatro profesores —River, su novio Asher, Solis y Anne—, ocho alumnos —Brynne, Rachel, Daisuke, Charles, Lorenz, Jess, yo y Reyn— y Amy, la hermana de Anne, que había venido de visita.

Colgué mi abrigo y me puse a revisar la tabla de tareas del vestíbulo. (Ojo: el mero detalle de que me dedicara a eso en vez de, digamos, escabullirme escaleras arriba para echar una cabezadita es una prueba concluyente de lo muy en serio que me estaba tomando todo eso de mejorar en la vida. Bueno, la verdad es que unos días me lo tomaba más en serio que otros. De hecho, a veces tenía que recordarme a mí misma que iba en serio unas cincuenta veces seguidas).

Maldito Reyn... ¿Quién se creía que era?

De pronto se me erizó el vello de la nuca. Unas pisadas resonaron en el suelo de madera del porche, y una sombra alargada apareció en el cristal de la puerta de entrada. La paranoia que no me había abandonado desde mi vuelta de Boston se disparó mientras veía girar el picaporte.